

robusto defensor en Thiers, que dijo en la asamblea: «Los amigos de la libertad verdadera, los republicanos verdaderos temen á la multitud, la muchedumbre de las clases bajas, que ha perdido todas las repúblicas; la muchedumbre de los miserables, que ha entregado á los tiranos la libertad de todas las repúblicas.» Estaba visto que la clase media, despues como antes de la revolucion de febrero, continuaba despreciando al pueblo bajo y pobre. En vano trató Lamoricière de enfrenar la ciega precipitacion de los hombres de orden diciéndoles: «¿Saben Vdes. para quién trabajan? Para el partido que no quiere ninguna de nuestras libertades; para el partido que les propondrá á Vdes. el día de la revision de la constitucion el Imperio sin númen, sin grandeza y sin gloria, es decir, el despotismo desnudo en su forma mas repugnante; entonces estarán todo el poder y todas las leyes que ahora votan Vdes. con tanta premura y hasta atolondramiento, en manos de ese partido.» Nada escuchó la derecha de la asamblea, ni tampoco se opuso á la eleccion de la isla de Nucahiva para lugar de confinamiento, aunque un orador de la izquierda dijo que acaso los de la derecha se preparaban ellos mismos el sitio de su propio destierro en el caso de un golpe de Estado. En su afan reaccionario negó la mayoría tambien el socorro á los heridos de la revolucion del mes de febrero de 1848, «para no envalentonar á las cabezas calientes que se arrojan el derecho de modificar el destino de las naciones,» porque los orleanistas jamás podian ver con buenos ojos la revolucion de 1848, y los legitimistas ni esta ni la del año 1830.

A muchos sorprendió ver á Luis Napoleon, hijo del sufragio universal, contribuir á la mutilacion de esta conquista de la revolucion, y á una amiga que le hizo sobre esta anomalía alguna observacion, contestó el presidente: «Esto no lo entiendo V.; el caso es que así acabo con la asamblea nacional.—Pero V. perecerá con ella,—replicó la mujer.—De ninguna manera,—le dijo el príncipe,—cuando la asamblea caiga en el abismo, cortaré yo la cuerda (1).»

La buena correspondencia entre el presidente y la mayoría de la asamblea era pues aparente; en realidad, existia entre ambos poderes una guerra sorda que no tardó en trasladarse y que el público llamó la guerra entre el parlamento y el Elíseo. En este palacio, morada del príncipe presidente de la república, estaba la direccion secreta del periódico *Le Napoleon*, que se publicaba desde principios del 1850 y que tenia sus lectores en los cuarteles y en los talleres. Su principal objeto era desacreditar al parlamento y ensalzar al presidente, y no habia número que no sacase á luz, bajo una forma ú otra, cuánta grandeza de alma distinguía al jefe del poder ejecutivo, cuán grande era su patriotismo, y en cambio, cuán mezquinos y ruines eran los móviles y la desconfianza del parlamento. En el mismo tono hablaban todos los demás periódicos al servicio del presidente, distinguiéndose entre todos por su desdoro *Le Pouvoir*, dirigido por Granier de Cassagnac, que en un artículo llegó hasta decir: «Es hora de que se acabe con estas asambleas de los pueblos y de que se nos libre del yugo de su soberanía. ¡Un aplauso al rey de Prusia, que tan á lo señor ha sabido arrojar á la calle su cámara, y que ahora envía á muchos de estos plebeyos á presidio! ¡Ojalá que Luis Napoleon le imitase y enviase una compañía de tropa á la asamblea y todo estaria acabado!» El día antes de ser votada la ley de imprenta enumeró Cassagnac todas las faltas y miserias de la asamblea, por lo cual esta le condenó á la pena máxima que la ley fijaba por este desacato, á saber, 3,000 francos; pero con esto no consiguió refrenar su lenguaje. Para mortificar y des-

(1) Senior, tomo II, pág. 338.

acreditar á la asamblea, no desperdiciaron Napoleon y sus partidarios ocasion alguna, y cuando aquella estaba discutiendo la deportacion de los comprometidos en la insurreccion del mes de junio, Napoleon perdonó á la mayor parte de ellos, con lo cual se hizo popular y echó la odiosidad de todo este asunto sobre la asamblea. Impulsados por los mismos motivos, ambos poderes rivalizaban en atraerse las simpatías del ejército, y ambos se atribuian la iniciativa del aumento de sueldo que se habia concedido á la clase de sargentos. Finalmente se creyó la asamblea bastante fuerte, sobre todo desde que con la ley de 31 de mayo se lisonjó de haber ahogado el socialismo, para hacer abiertamente la guerra al presidente cuando Fould pidió á la asamblea el aumento de sueldo para Napoleon, desde 600,000 francos hasta tres millones, sin perjuicio de los 50,000 que cobraba mensualmente para gastos de representacion. Despues de mucho regatear, la comision nombrada para examinar este asunto convino en pagar al presidente por una sola vez la cantidad de 1.600,000 francos para satisfacer sus deudas, porque era sabido que Luis Napoleon no solamente debia grandes sumas á todos sus amigos y hasta á su querida sino tambien á Baring, Rothschild y Fould, y á estos con un fuerte interés y á corto plazo, lo cual le impulsaba á proceder con resolucion y á no perder tiempo. La asamblea acabó por votar la citada suma gracias á Changarnier, que con lenguaje enérgico la reconvinó por su tacañería; pero se desquitó eligiendo una comision permanente enteramente hostil al presidente, para el tiempo de vacaciones de la asamblea, desde 11 de agosto hasta 4 de noviembre. Esto sirvió á su vez á los partidarios de Napoleon para acusar ante el público á la asamblea de hacer la guerra al elegido del pueblo.

Bien mirado, no tenia la asamblea ningun derecho á blasonar de su solicitud por la constitucion, amenazada por las maquinaciones y arterias de Luis Napoleon, porque fuera del pequeño grupo de los republicanos de buena fe, ni la izquierda ni la derecha tenian mejores intenciones que el presidente mismo. La izquierda, la socialista, no ocultaba sus propósitos respecto de la constitucion, y la mayoría ya se sabia lo que pensaba de toda la obra revolucionaria; y sin embargo hacia gala de su afecto á la constitucion y de su celo por defenderla contra los anarquistas y contra la ambicion de Luis Napoleon. La situacion política interior de Francia no podia ser mas falsa, cuando el mejor sosten de la república eran los dos partidos monárquicos, el orleanista y el legitimista, que entre sí se hacian cruel guerra, con gran mengua y descrédito del principio monárquico en general. Los legitimistas aprovecharon las vacaciones del parlamento para hacer la corte en Wiesbaden al conde de Chambord y conferenciar con él sobre su restablecimiento en el trono, y los orleanistas hicieron otro tanto en Claremont, donde residia Luis Felipe, y en Bruselas, donde se vieron con su hijo el príncipe de Joinville. Finalmente, avergonzados unos y otros del papel asaz pueril que representaban, hicieron alguna tentativa para fundirse en un solo partido, pero no tuvo éxito, porque Thiers se opuso «para no menguar la importancia que la familia de Orleans podria tener en el porvenir en los destinos de la Francia.» Luis Felipe en vista de todas estas tentativas se expresó en estos términos sobre la situacion de Francia: «El conde de Paris (su nieto) es posible como lo es el conde de Chambord y como son posibles los Napoleones. Todo es posible en Francia, pero nada será estable, porque ya no existe allí el respeto (2).»

No pensaba así Napoleon, que tomaba la voz de su ambicion por la del destino. Desde su juventud todos sus pensa-

(2) Pierre, tomo II, pág. 415.

mientos se habian dirigido á la restauracion del imperio; en su elevacion á la presidencia veia un llamamiento del país para realizar lo que creia su mision, y la creciente preponderancia que las circunstancias le daban sobre sus contrarios le empujaba á ejecutar su proyecto. El poder supremo le era asequible sin cambiar la constitucion si conseguia hacer borrar de ella los cuatro años de duracion de la presidencia y la prohibicion de la reeleccion inmediata del presidente saliente. Para allanar el terreno á la remocion de estas dificultades hizo poner por los prefectos sobre el tapete en los consejos departamentales la cuestion de la reforma de la constitucion, si bien esto no estaba en las atribuciones ni de los primeros ni de los segundos. El resultado, sin embargo, de estas consultas no fué tan unánime como Napoleon debió de haber esperado, porque de ochenta y cinco consejos departamentales solo cincuenta y dos se declararon en favor de una revision de la constitucion, y esta era una mayoría demasiado débil para servir de base á un golpe de Estado. En cambio él aprovechó tambien las vacaciones de la asamblea para exhibirse personalmente ante la nacion y acrecentar su popularidad, base principal de su proyecto y que de todos modos era un medio poderoso para someter á la asamblea nacional en momentos dados. A este fin emprendió viajes que le dieron ocasion de pronunciar discursos, de los cuales, por supuesto, cada palabra estaba bien calculada para dejar traslucir gradualmente mas y mas su intencion principal.

Empezó por visitar ante todo con arroyo los departamentos orientales, los focos de la democracia y del socialismo, y sin embargo, á excepcion de algunas demostraciones hostiles sueltas, fué recibido en general brillantemente. En el banquete que le dió la ciudad de Lyon dijo: «No he venido á visitar estas comarcas, en las cuales el emperador mi tío ha dejado tan profundas huellas, para recibir únicamente ovaciones y pasar revistas, sino con el objeto de animar con mi presencia á los buenos y reducir al buen camino á los espíritus extraviados.... La mision que me toca llenar requiere la cooperacion de Vdes., yo no soy representante de un partido, sino de dos manifestaciones grandes que tanto en 1804 como en 1848 se propusieron salvar por medio del orden los grandes principios de la revolucion.» En todas partes desmintió los rumores de golpes de Estado, pero teniendo cuidado de añadir frases como estas, que intercaló en su discurso de Lyon: «Pero si pretensiones punibles viniesen de otro lado á amenazar la tranquilidad de la Francia, sabré yo reducir las á la impotencia apelando de nuevo al pueblo soberano, porque á nadie reconozco el derecho de titularse mas representante suyo que yo!» En los departamentos del Norte fué su viaje un continuo triunfo, y allí fué tambien en sus discursos menos ambiguo y mas claro. En Caen dijo: «Cuando en todas partes vuelve á brotar la prosperidad, seria digno del mayor castigo el que intentara detener su desarrollo, por incompleto que sea, con un cambio de lo existente; pero si á pesar de esto sobreviniesen dias tempestuosos y el pueblo quisiera echar una nueva carga sobre los hombros del jefe del gobierno, seria muy punible este jefe si se negara á cumplir tan alta mision.» En su discurso de Cherburgo llegó ya á solicitar esta carga. Allí dijo: «En todas partes adonde voy piden carreteras, canales, ferro-carriles, fomento de la agricultura, de la industria y del comercio. Es muy natural; pero estos deseos solo pueden satisfacerse si se me dan los medios para ello, y estos medios consisten en que me presteis vuestra cooperacion para robustecer el gobierno y apartar los peligros del porvenir. ¿Cómo es que el emperador á pesar de la guerra cubrió el suelo de Francia con las obras imperecederas que á cada paso se ven y en ninguna parte mas que aquí? Porque además de su talento

se presentó en una época en que la nacion, cansada de revoluciones, le dió el poder necesario para destruir la anarquía, para reducir las facciones al silencio y para dar la victoria al interés general del país, en el exterior con la gloria y en el interior por medio de una iniciativa vigorosa. Una nacion grande solo puede sostenerse á la altura de sus destinos cuando sus instituciones responden á las exigencias de su posicion política y á sus intereses materiales.»

Al propio tiempo no perdió ocasion alguna para tantee la opinion de las personas que le parecieron dispuestas á apoyarle de una manera legal, sin faltar á la constitucion, y para tender sus redes á los que podrian ir mas lejos, es decir, á los que no tendrian escrúpulo en dedicarse al servicio de su causa atropellando por todo si fuese menester. Conspirador fino como era, sabia que para salir airoso de su empresa necesitaba el apoyo del ejército, y para ganarlo empezó una propaganda sistemática, sobre todo entre las tropas que guarnecian la capital, á las cuales hizo repartir á sus expensas en ocasion de las revistas, pan, carne, vino, y hasta champaña. En vano la comision permanente de la representacion nacional, alarmada por los vivas cada vez mas frecuentes que la tropa daba en los desfiles al presidente, á Napoleon y hasta al emperador, pidió que se prohibieran estas manifestaciones ilegales. En la revista celebrada en el llano de Satory en 10 de octubre desfiló la infantería, guiada por Changarnier, ante el presidente silenciosamente como manda la ordenanza, pero la caballería, á una señal de sus jefes, rompió en vítores ruidosos y hasta tumultuosos.

Desde la reunion del mando de la guardia nacional al del ejército de línea de Paris, Changarnier tenia á sus órdenes una fuerza armada de 300,000 hombres, lo cual le daba el carácter mas bien de protector que de servidor del poder ejecutivo. Repetidas veces Luis Napoleon habia hecho tantee á este militar poderoso para ver si se dejaba comprar, y le habia ofrecido ó hecho ofrecer el baston de mariscal y el oro que quisiese (1); pero el general se mostró inaccesible, grave y taciturno; á nadie comunicó sus simpatías ni sus esperanzas, y solo podian considerarse como un vago indicio del lado á donde se inclinaba los funerales que hizo celebrar en la capilla de las Tullerías por el difunto rey Luis Felipe. La mayoría de la asamblea contaba con él, y consideraba su gran poder como un baluarte firmísimo contra todos los planes cesáreos del presidente, destinándole el papel de Moreau, pero por supuesto con diferente y mejor éxito. Este poder unido á la integridad de Changarnier, decidió á Luis Napoleon á deshacerse de él, ya que no podia comprarle. A raíz de la mencionada revista de Satory, el ministro de la Guerra propuso súbitamente dividir en cuatro mandos las fuerzas de Paris, y como el consejo de ministros se mostrara refractario, dimitió, pero el presidente le indemnizó nombrándole gobernador general de Argelia. El jefe de estado mayor de Changarnier, Neumeyer, que habia expresado su disgusto por las aclamaciones de la caballería, fué declarado de cuartel.

La atmósfera política estaba cargada de electricidad; voces siniestras de proyectos del presidente contra la asamblea y vice-versa, llegaban por doquier á los oídos del público, cuando contra todo lo que se esperaba, el mensaje con que el presidente saludó á la asamblea al volver esta á reanudar sus tareas legislativas en 12 de noviembre, se expresó en un tono muy conciliador, diciendo tocante á la revision de la constitucion que muchos deseaban, que él se mantendria pasivo y fiel á su juramento. Por desgracia, mientras él usaba en la

(1) Véase la carta de Changarnier á Saint-Arnaud en la obra de Schoelcher, *Les crimes du 2 Décembre* (1852), pág. 394.

asamblea un lenguaje en apariencia tan leal, sus periódicos hacían todo lo contrario. Changarnier, objeto de sus calumnias y ataques embozados, tuvo que declarar en la prensa que eran una pura invención las instrucciones que se decía había dado al ejército de París, pero al mismo tiempo insistió adrede sobre el derecho que la constitución daba a la asamblea de requerir cuando le conviniese el auxilio de la tropa. Esto disgustó tanto a Napoleón, que resolvió librarse cuanto antes y a toda costa de aquel hombre molesto; la misma noche pidió a sus ministros que le destituyesen, y como rehusaran hacerlo, no pudieron continuar ya en sus puestos y dimitieron. Este derecho de la asamblea nacional de requerir el auxilio de la fuerza armada mandada por Changarnier, estorbaba todos los planes de Napoleón, el cual antes de echar mano a otros medios llamó en 8 de enero a los jefes de la mayoría de la asamblea a una conferencia. En ella les ofreció toda clase de garantías para la asamblea si renunciaban en cambio al citado derecho, pero como era cabalmente el áncora principal de la asamblea, no pudieron acordar nada los conferenciados. Al día siguiente encargóse del gobierno el nuevo ministerio, formado sin el concurso de la mayoría parlamentaria y presidido por Baroche, que con sus compañeros Rouher, Fould, Drouyn de L'Huis, Regnault de Saint Jean d'Angely y Magne representaban ya un paso más hacia el gobierno personal de Luis Napoleón. Estos ministros estrenaron aquel mismo día sus funciones con un decreto firmado por Luis Napoleón y el nuevo ministro de la Guerra que exoneraba a Changarnier de su cargo y daba el mando del ejército al general Baragnay d'Hilliers, y el de la guardia nacional al general Perrot, ambos adictos a Napoleón. La asamblea se había dejado arrancar su arma más terrible, y desde entonces no hubo ya amistad entre la mayoría y el presidente.

Lo peor para la asamblea fué que la opinión pública se puso del lado de Napoleón, puesto que este golpe hizo subir los fondos en la bolsa. La asamblea, para hacer algo, pidió explicaciones sobre el cambio de ministerio y votó la proposición de la mayoría de nombrar una comisión para estudiar las medidas que convendría adoptar en vista de lo ocurrido. En esta votación se abstuvieron de tomar parte noventa y ocho diputados de la izquierda, uno de los cuales dijo a Thiers: «No tenemos gran confianza en la lealtad del príncipe hacia la república, pero la tenemos menos todavía en la de usted y de Changarnier. Nos ha causado inquietud la revista de Satory, pero vamos a ver, ¿fué V. a Clermont y a Wiesbaden para defender la república? (1).» Para mayor desgracia, se habían pasado al partido de Napoleón 250 diputados de la derecha, que de este modo se desbandó cuando arreció el peligro. Cuatro días duró el debate, que fué calurosísimo, sobre un voto de desconfianza al ministerio, propuesto por la comisión antes citada y apoyado enérgicamente por Thiers, que concluyó su discurso, el último discurso grande que pronunció en esta segunda república francesa, con estas palabras: «Y ahora voy a añadir una palabra solamente: Existen dos poderes, el legislativo y el ejecutivo; si la asamblea cede, queda solamente uno, y entonces cambiará la forma de gobierno, cuyo nombre, no lo duden Vdes., vendrá a su tiempo, no sé cuándo, pero esto no importa, el nombre vendrá cuando se quiera; el Imperio está hecho.»

El voto de desconfianza fué adoptado y el ministerio Baroche dimitió. Siendo imposible sacar un nuevo ministerio de la derecha de la asamblea, formó el presidente uno transitorio, extra-parlamentario y sin color político, que por esto mismo permitió a Luis Napoleón continuar con más libertad

(1) Tenot, *Paris en Décembre 1851*, página 38.

sus trabajos de zapa, tanto más cuanto que la asamblea no le inspiraba ya temor alguno. En prueba de ello solicitó como por vía de reto, una nueva cantidad de 1.800,000 francos, para gastos de representación. A propósito se expuso a una nueva derrota para afeanar la conducta de la asamblea nacional ante el país, como si la conducta de la asamblea fuese más vituperable negando la suma pedida que la del presidente al pedirla. Negada que quedó la pretensión del presidente, abrióse inmediatamente una suscripción para facilitar a Napoleón la suma que pedía; pero este no la quiso admitir y prefirió vender sus coches y reducir sus gastos, para abochornar a la asamblea (2); lo cual aumentó en ella el partido del presidente con algunos votos. Tras esta discusión vino otra que acabó por descomponer a la mayoría. Dió lugar al nuevo debate una proposición para levantar condicionalmente el destierro de las dos ramas de Borbon; pero como el conde de Chambord para ser consecuente consigo mismo no habría aprovechado este permiso para volver a Francia como simple particular, habría resultado exclusivamente en beneficio de los Orleans, y para que estos no tuviesen semejante ventaja, se unieron los legitimistas a la extrema izquierda para aplazar la discusión hasta el 1.º de setiembre, con lo cual desapareció la última esperanza de una fusión de las dos ramas. La rivalidad de los partidos monárquicos volvió a enardecerse y produjo en la reunión de la calle de Poitiers una división en tres grupos: el legitimista, acaudillado por Falloux y Berryer; el conservador, favorable a Luis Napoleón y dirigido por sus prohombres Broglie, Darn, Montalembert, Baroche, Faucher y otros, y el orleanista, dirigido por Molé.

Después de varias tentativas que no dieron resultado, encargóse L. Faucher de formar el nuevo ministerio, no para servir al presidente, cuya duplicidad incorregible le constaba, sino para servir a su país, lisonjeándose de tener a Napoleón dentro de la legalidad con la derogación del artículo constitucional que prohibía la reelección inmediata del presidente al espirar los cuatro años. Con esto creía Faucher evitar el golpe de Estado, y el mismo Napoleón dijo que no deseaba más; pero el caso era que la pequeña modificación constitucional se había hecho imposible por la prevision sagaz de los autores de la constitución del año 1848, que habían sometido toda modificación de su obra a condiciones que la hacían cuando menos demasiado tardía para todo proyectista mal intencionado. Toda proposición de modificación debía hacerse en el postrer año de una legislatura y pasar después por tres lecturas y por las discusiones, debiendo transcurrir desde una discusión a otra un mes de tiempo, y para poder llegar a la segunda lectura debía haber obtenido en la primera las tres cuartas partes de los votos presentes. Estos obstáculos no significaban gran cosa en un país en que se habían hecho últimamente una multitud de constituciones que todas habían sido violadas. En el mes de marzo había comenzado ya la agitación a favor de una prórroga del poder presidencial, y la opinión pública se inclinaba también a favor de ella. Para fomentar este movimiento de la opinión se pasaron órdenes a los subprefectos, alcaldes y jueces de paz, gendarmería y hasta a los guardias rurales, que influyen tanto en la población de los campos, a fin de producir una petición monstruo solicitando la abolición del artículo 45 de la constitución. En 24 de julio habíanse recogido cerca de tres millones de firmas, pero más se habían calculado.

La asamblea, que vio venir el golpe, lo paró con bastante habilidad, antes de que tomara la agitación más auge, por

(2) El general Narvaez, entonces embajador de España en París, le prestó dos meses después medio millón de pesetas, por cinco años.— *Papiers de la famille imperiale*, tomo II, pág. 3.

medio de una proposición firmada por 233 diputados en la sesión del 23 de mayo, para proceder a una revisión general y no parcial de la constitución, en conformidad con el artículo 110, a fin, decían los firmantes, de que el país pudiese elegir la forma de gobierno que prefiriese entre monarquía y república. Los orleanistas aceptaron la idea, si bien habrían preferido un camino más cauteloso para llegar a la realización de su objeto particular derribando a Napoleón y elevando a su candidato a la presidencia para después proclamarle rey. En medio de estos preparativos pronunció Napoleón un nuevo discurso en Dijon al inaugurar el ferrocarril de esta ciudad a Lyon, discurso que dió otro giro a la situación política entre él y la asamblea nacional. En aquel discurso dijo el presidente que los partidos políticos con sus intrigas, ataques y discusiones apasionadas, no respondían ni a la opinión ni al estado del país, que ni quería volver al régimen antiguo bajo cualquiera forma que se le presentase, ni servir para ensayos de utopías impracticables; «y por esto mismo, añadió, porque soy el adversario más natural de aquel régimen y de estas utopías, ha puesto en mí su confianza, porque a no ser así, ¿cómo se explica ese afecto conmovedor que el pueblo me profesa? Si mi gobierno no ha podido realizar todas las mejoras que tiene proyectadas, culpese de ello las maniobras de las facciones. Hace tres años que la asamblea nacional me da su apoyo siempre que se trata de luchar contra el desorden con medidas coercitivas, pero me ha abandonado siempre que he querido hacer el bien y mejorar la suerte del pueblo. Ahora entra nuestra era política en una nueva fase; desde un extremo al otro del país se firman peticiones para una revisión de la constitución. Yo aguardo lleno de confianza las manifestaciones del país y las resoluciones de la asamblea. Si la Francia reconoce que sin su consentimiento nadie tiene el derecho de disponer de su suerte, que lo diga, y podrá contar con mi valor y energía. En mis manos no perecerá la Francia.»

La indignación de la asamblea, acusada ante todo el país de ser el estorbo de su dicha, fué indescriptible; la izquierda se vengó declarando inadmisibles la revisión mientras continuara mutilado el derecho electoral por la ley del 31 de mayo. Esta oposición fué causa de que la proposición de revisión no obtuviera las tres cuartas partes de los votos presentes y de que no pudiera de consiguiente, según prevenía la constitución, pasar a la segunda lectura después del mes de intervalo prescrito. Por lo demás, la asamblea misma, a pesar de su irritación, dió como había dado antes al presidente su enemigo las armas más eficaces para que pudiese preparar y realizar su proyecto, puesto que así lo exigía imperiosamente la necesidad de mantener el orden público. Estas armas é instrumentos fueron la ley relativa a la guardia nacional, la prorogación de la ley contra los clubs y la continuación en sus puestos de los consejos generales elegidos en 1848.

Quedando rechazada la revisión de la constitución y privado el presidente de llegar por la vía legal al logro de su deseo, dedicóse desde entonces con más afán y resolución a conseguirlo por medio de un golpe de Estado. Los partidos todos lo veían venir, pero sus discordias paralizaban sus fuerzas, y si Napoleón necesitaba motivos para justificar las conspiraciones que se fraguaban en su palacio, no tenía que acudir a la razón ridícula de que le correspondía el trono imperial por ser heredero de su tío, le bastaba el deseo del país, que suspiraba por un salvador que lo librara del dominio insoportable y estéril de los partidos en que se dividía la asamblea de sus representantes. La mala suerte de la Francia quiso que tuviera que aceptar su salvación de manos impuras.

Tenia Luis Napoleón la costumbre de meditar profundamente todos sus proyectos y de encariñarse con estas meditaciones; pero cuando llegaba el momento decisivo, le faltaba la resolución, después de haber preparado friamente desde muy lejos, con una habilidad realmente asombrosa, el golpe que iba a dar. Así sucedió también esta vez; antes de dar el golpe vaciló, y antes de decidirse apuró todos los medios menos brutales, pero sin renunciar por esto a su idea; hasta que no encontrando en ninguna parte disposición favorable, valiéndose al fin de gente desesperada dispuesta a jugar el todo por el todo. «Yo le haré emperador a pesar suyo,» dijo el conde de Morny, su hermano bastardo, hombre disoluto, gran jugador de bolsa, héroe de tocador, de las corridas de caballos y disipador incorregible. Los demás cómplices y confidentes eran poco más o menos del mismo jaez: Persigny, que sería execrable sin la inquebrantable fidelidad que guardó a su señor; el coronel Fleury, que tenía un pasado muy negro, y no reparaba en los medios con tal que prometiesen ganancia; y así los demás, por manera que en toda esta familia no había un solo individuo limpio y digno. Estos aventureros de graduación, de galones y títulos, fueron los que decidieron de la suerte de Francia.

Faltaba para dar el golpe un general; pero con Changarnier, Lamoricière y Bedeau, que habían hecho su carrera en África, no había que contar, porque se habían mostrado inaccesibles a todas las insinuaciones. Fleury salvó la dificultad haciendo llamar de Argelia al hombre que se necesitaba y que no podía ser un cualquiera. Era este el general de división Saint Arnaud, cuyo verdadero apellido era Leroy, y que después de una vida de aventuras se había distinguido desde el año 1836 por su talento y valor en las campañas de Argelia, donde había avanzado desde teniente hasta general de división, ganando el último grado por una expedición feliz a la pequeña Kabilia. Como ya era de larga fecha amigo de Fleury, habiendo contribuido poderosamente a la elección de Napoleón para presidente de la república y prometido a Fleury encargarse del golpe de Estado, fué ensalzado hasta las nubes por los periódicos napoleonistas y pudo ser llamado a París para tomar el mando de una de las divisiones de la capital. Jefe de la otra división fué nombrado, en lugar de Baragnay d'Hilliers, que no quiso entrar en el plan del golpe de Estado, el general Magnan, hombre también cargado de deudas y dispuesto a servir a cualquiera causa.

Entre los preparativos de Luis Napoleón figuraron también negociaciones con potencias extranjeras para obtener algún apoyo en la posición que pensaba conquistar. A este fin envió a Persigny a Berlín para proponer allí una alianza franco-prusiana y desvanecer todo temor que pudiera causar en Alemania un segundo imperio, haciendo ver el interés común que ambas potencias tenían para precaverse del Austria y lo útil que sería una buena inteligencia de Prusia con la Francia para el proyecto prusiano de constituir una nueva Alemania. No se descuidó Persigny en hacer resaltar que la Francia, desinteresada, no pretendía en todo esto apropiarse ni un palmo de territorio extranjero, añadiendo que si la opinión pública obligase a ello al gobierno francés, se contentaría con la plaza de Landau ó con la Saboya. El gobierno prusiano, completamente seditado al Austria, rechazó muy atenta pero perentoriamente estas proposiciones. Dicen que Persigny entonces se vió con Prokesch-Osten para proponer por su intermedio al Austria la alianza con Francia a costa de la Prusia, pero que también fué rechazado (1).

(1) Sybel, *Kleine Schriften*, tomo III, págs. 552 y siguientes.